

Reseñas

Varones al son de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago

Carolina ROSAS

El Colegio de México, México (2008)

Los estudios de género son hoy un área de frecuente investigación y de abundante publicación, pero casi la mayoría se refieren al género femenino; son muy pocos los estudios sobre el género masculino, lo cual sociológica y antropológicamente es una grave debilidad, pues los roles y valores de lo femenino no pueden comprenderse ni explicarse sin el contrapunto de lo masculino y viceversa. Pues bien, esta laboriosa y excelente investigación de Carolina Rosas, viene a llenar esta laguna sobre la “masculinidad”, y por relación dialéctica, con los estudios de la mujer. Si esos valores masculinos/femeninos son analizados en situaciones dramáticas y excepcionales, como son las situaciones de la migración, en dos espacios físicos y socioculturales, como son la sociedad tradicional campesina de partida (Veracruz, México) y la urbana y moderna de acogida (Chicago, Estados Unidos) el desafío de la investigación – y el éxito académico si logra superarse – constituye una relevante contribución doble a los estudios de género y a los estudios migratorios. Y este es el mérito científico de este estudio socio-antropológico, basado en varios años de trabajo de campo en la comunidad veracruzana campesina de El Cardal y en la “Villita” de la ciudad de Chicago, lugar “donde se muestra, se habla, se lee, se huele, y se saborea en Mexicano” (p. 78).). El presente libro es fruto de una tesis doctoral presentada en El Colegio de México, dirigida por el prestigioso especialista en migraciones Manuel Ángel Castillo, que ha tenido el honor merecido de ser incluido en la

publicación de “200 mexicanos que nos heredó el mundo” (2010).

El valor principal o “mandato masculino” de un hombre campesino, principalmente padre de familia, es “*proveer a los suyos con su trabajo*” lo necesario para vivir dignamente y asegurar el futuro de sus hijos: “trabajar, obtener dinero y sostener a quienes dependen de ellos, constituyen los elementos principales que configuran el mandato de *proveedor y es motivo de la migración*”(p. 105). No sucede lo mismo con los jóvenes, que justifican los motivos de la migración por ellos mismos, principalmente por la “búsqueda de experiencias nuevas” (p. 103); y tampoco con los mandatos femeninos: “la salida de la mujer no parece ser una alternativa para mejorar los ingresos familiares, pero sí la migración del varón”. (p. 100). Es muy significativo antropológicamente este contraste de valores y de roles hombre-mujer en la sociedad tradicional mexicana, que puede extenderse a Centroamérica y a algunas otras suramericanas, en que la migración – con sus beneficios de las remesas – recae en los hombres casados, responsables principales de la obligación- valor de “proveer” a su familia con lo necesario. Esto contrasta con otras sociedades, principalmente de cultura afroamericana o caribeña, en que las primeras en emigrar son las mujeres, como sucede en España con las dominicanas. Esto puede ser sociológicamente atribuible a que las mujeres encuentran más fácilmente trabajo, pero también y además es explicable por la distinta relación cultural dialéctica de género y familiar en

la cultura afroamericana caribeña y en la cultura campesina indo-hispana mexicana, guatemalteca o andina.

En consecuencia, si los hombres no pueden cumplir su primera obligación-mandato-valor de “proveer” a su familia con una vida digna, “deben” emigrar al “Norte”, “tierra prometida que mana leche y miel”, aunque se necesite sufrir el “vía crucis” dramático del desierto, las mafias, los coyotes polleros traficantes y el terror a la “migra” policial gringa. Todo ello es un necesario ritual de paso, donde deben mostrarse otros básicos valores masculinos, como la hombría, “no rajarse”, capacidad de sufrimiento y resistencia. Vale la pena ser “valiente” y sufridor, cuando en la nueva tierra pueden cumplir con sus obligaciones y con sus sueños. En contra del repetido llanto “¡México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!”, muchos mexicanos y centroamericanos, sienten el dicho de aquel viejo padre indio guatemalteco, que sobrevivían gracias a las remesas de sus hijos emigrantes: “Después de Dios, siempre nos quedarán los Estados Unidos”. Como nos dice la autora Carolina Rosas: “Estados Unidos brinda la posibilidad de cumplir con muchas expectativas. Los logros son numerosos y cubren una amplia gama, que va desde la provisión de aspectos básicos para la manutención de la familia hasta los relacionados con la adquisición o construcción de bienes inmuebles; permite cumplir con obligaciones importantes, como darle mejor tratamiento médico a un hijo, así como darse gustos relativamente más triviales, como lucir zapatos y ropa caros” (p. 111). Y la construcción de una casa propia con las remesas es también un bien-valor-orgullo, no sólo para el hombre migrante, sino para la mujer, que deja de estar “arimada” en casa de la suegra y convertirse en “ama y señora” de su propio espacio íntimo y familiar (p. 112).

Pero junto a este valor-mandato-obligación masculino de ser “proveedor” de su familia, está también el *valor-mandato de seguir siendo “jefe de su hogar”* durante su ausencia, que incluye “el control sobre su mujer”, lo cual tiene con frecuencia sus dificultades, a la hora de controlar el “uso e inversión de las remesas”, pues sus mujeres son “receptoras” y “administradoras”, pero “todos los varones se autodescriben como los principales decidores acerca de en qué y cómo

invertir” (p. 145). El otro área de control del migrante, y cumplidor con el valor de “jefe” del hogar, y ser “hombre”, es el *controlar la sexualidad de su esposa*, es decir evitar el temido “fantasma de la infidelidad femenina”. “La virilidad de un hombre, expresada en su desempeño sexual, está ampliamente relacionada con el control de la capacidad de procrear de las mujeres. Para asegurarse un control efectivo sobre la reproducción, es necesario actuar sobre la sexualidad” (p. 162). También las mujeres se angustian ante las posibles infidelidades de sus esposos, pues es otro mundo y están solos y además, los hombres – se proclaman – tienen mayores necesidades biológicas. En definitiva, las pautas y los valores en esta sociedad campesina son la doble moral, una para hombres, incluso casados, y otra para las mujeres. “Existen dos rumores que sobresalen: que en Estados Unidos las mujeres van a buscar a los hombres a sus casas, y que los migrantes forman pareja rápidamente. Estos dos ideas están generalizadas entre los entrevistados en El Cardal” (p. 188). Las fantasías sobre el Norte y la sociedad estadounidense sobrepasan lo económico, para extenderse a otros aspectos como la facilidad de buscarse “otra mujer”, lo cual por una parte valida el valor “de la virilidad”, lo cual, aunque moleste, pudiera enorgullecer a su esposa; a la vez que le obliga a la mujer a “autocontrolar su propia sexualidad”, si no quiere que su esposo trabajador - proveedor con remesas económicas - deje de enviárselas a ella y busque “otra esposa” en los Estados Unidos. “Es decir, si para ellos es tan fácil encontrar mujer en Estados Unidos, las cónyuges deben comportarse de la mejor manera en El Cardal, ya que podrían ser remplazadas rápidamente por mujeres “bellas y lujuriosas”. En cuarto lugar, estos rumores también validan la virilidad del migrante frente a la de otros hombres, los no migrantes” (p. 189). Y concluye Carolina Rosas este apartado así: “En síntesis, los elementos que he desplegado en este apartado sugieren que, a diferencia de la relativamente mayor intervención que las mujeres tienen en el ámbito económico masculino, cuentan con escasos o nulos recursos de control sobre la vida sexual de sus esposos migrantes. Para la mayoría de los varones es vergonzoso un mal desempeño en el mandato de proveedor, así como ser superados en la competencia económica. Sin embargo la infideli-

dad no es un atributo negativo para la masculinidad, y coloca a las mujeres en una situación vulnerable por la posibilidad del remplazo” (p. 192).

Junto a los valores-mandatos masculinos, el papel de proveedor y la autoridad en el hogar con el consiguiente control sobre la sexualidad de su esposa, está otro valor fundamental, que es la *valentía*, siendo la migración “un escenario propicio para que los varones pongan a prueba su hombría. Por ello se analiza la valentía masculina en relación con las situaciones y dificultades que se presentan durante el trance migratorio” (p. 201). Como titula Carolina Rosas este apartado, “la decisión, el mantener la palabra y la valentía” es una “triada inseparable”. Y así lo explica la autora: “Entre las cualidades positivas que un hombre cardaleño debe reunir sobresale la decisión. Un hombre decidido es aquel que no titubea, que tiene determinación suficiente para mantener una opinión o proyecto más allá de los obstáculos que se le presenten. En términos ideales *ser decidido* no sólo es proponerse un objetivo, sino vencer obstáculos confiando en sí mismo. En otras palabras, la decisión no se limita a disponerse a lograr un propósito, sino que acompaña todo el proceso que le sigue. Decidirse es decir y hacer” (pp. 202-203). No importarán las dificultades encontradas en la frontera, hay que seguir adelante y llegar al Norte. Y hay que “decidirse”, a pesar de la dramática muerte de cuatro migrantes de la comunidad en un accidente en su trance migratorio. El hombre, que no puede “proveer a su familia en El Cardal, debe ‘decidirse’, mantener su palabra y ser ‘valiente’ emigrado. De lo contrario no eres ‘hombre’, eres ‘un rajado’ contravalor y vituperio en la comunidad. Si se expresó la intención migratoria y no se es consecuente, se puede pasar de valiente a ‘rajado’ en un instante” (p. 207).

En conclusión, como se escribe en la contraportada “se elige la masculinidad como ámbito donde rastrear transformaciones acarreadas por el fenómeno migratorio. Se trata de un trabajo pionero dentro de los estadios de migración con perspectiva de género porque coloca a los varones como principales unidades de análisis. Sin embargo, por el carácter relacional de las construcciones de género, los hallazgos también hacen referencia a la situación de las mujeres y a la configuración de la feminidad”. Y existe otra significativa aportación que no es resaltada en el libro, por darla “*for granted*” (supuesta), y que en mi valoración es muy relevante para España/USA/Europa. Me refiero a la escala de valores y pautas, particularmente en la relación hombre/mujer, familia/pueblo, descritos y analizados en esta comunidad campesina veracruzana, propio de una *comunidad y sociedad tradicional, tan radicalmente diferente, no sólo a los espacios urbanos, sino a los pueblitos españoles de hoy*. Y sin embargo, al visionar los valores y pautas del pueblo mexicano de El Cardal y de sus migrantes, yo no podía por menos de recordar mi pueblo campesino extremeño de los cincuenta y sesenta en su trance migratorio al Norte de España o a Europa, cumpliendo los hombres su obligación de “proveer” a su familia, enviar remesas a sus mujeres a quienes supervisaban a distancia y mostrar su “valentía” de abandonar su tierra, emigrando con una bolsa y sus brazos fornidos a territorios desconocidos.

Tomás Calvo Buezas
Catedrático Emérito de Antropología Social
de Iberoamérica
Ex-Presidente de Federación Internacional
de Estudios de América latina y el Caribe